



Iconicus

FRANCISCO GARCÍA GARCÍA

A

Lo icónico se ha revelado como la última opción conceptual con la que definir al hombre: Homo icónicus. Icónico en varios sentidos: en cuanto que el hombre es un creador de imágenes, y en cuanto que es imagen.

Más allá de las palabras del génesis, el hombre es imagen porque necesita representarse en el tiempo, ya como recuerdo, ya como presencia o ya como proyecto. La imagen en este sentido es copia e identificación de sí misma, a través de la cual se reconoce el ser humano. La memoria asegura nuestra identidad evolucionada, por la que el hombre se percibe como historia de sí en el mundo. En este sentido el hombre es el resultado de las imágenes, ideas y conceptos que sobre él, como especie, él mismo ha generado.

Se es en gran medida lo que se piensa que se es, lo que se siente que se es y, sobre todo, lo que se dice que se es. El hombre es deudor y cautivo de su imagen: la imagen recordada, es lo que fue; es tensión de su sustento y su deseo, su sentido actualizado, la imagen presencial. Pero sobre todo, el hombre es la imagen deseada. El deseo genera una imagen modelo de lo que se quiere ser. Cuando el futuro todavía no es, ya existe la imagen, el proyecto de ser. La imagen es antes que nada pensamiento.

La idea de ser, la imagen proyectada, es lo que le exige al ser que sea: que lo potencial sea actual; que lo virtual, real. Con gran acierto, Pedro Laín Entralgo (1999, 148) nos recuerda que el hombre además de ser un animal que se mueve, que habla, que pregunta y responde, que elige, que promete, que crea, que se ensimisma, que se adapta al medio y adapta el medio a sus necesidades en la medida de lo posible, que se relaciona con los otros, que ríe y que proyecta, es a la vez un animal *symbolicum*, como ya había dicho también Cassirer.

El hombre emite y percibe signos, y en esto no se diferencia de otros animales, pero lo que le hace humano, como el neurofisiólogo Pribram había anticipado, es la capacidad que posee para convertir los signos en símbolos y los símbolos en signos. Por eso Pedro Laín Entralgo matiza la expresión de Cassirer y define al hombre no como

animal symbolicum, sino como animal symbolizans. Del animal simbólico al animal que simboliza, que crea símbolos.

Nuestra propuesta va más allá, y consiste en la unión dialógica del animal symbolicum de Cassirer y el animal symbolizans de Laín Entralgo. Es decir, el hombre como animal que creando símbolos se crea a sí mismo como símbolo. Pero llamar al hombre bajo esta perspectiva animal symbolicum o symbolizans no deja de ser una utilización abusiva del lenguaje, ya que el símbolo es un elemento más del signo, y no todo él.

El hombre no sólo se ensimisma, como diría Ortega, sino que se extraña a sí mismo. Se percibe como otro sabiendo que es él mismo. Por encima de cualquier otra creación material, instrumental, cultural, la mayor obra creativa del hombre es su recreación, la generación de una imagen de sí. Este desdoblamiento, que se produce cuando el hombre crea imágenes de sí mismo es esencial para el progreso del hombre, es decir, para el proceso de hacerse hombre. Tal vez la natura naturans, en sentido escolástico y, tal vez, zubiriano, del ser humano, consista precisamente en esto: La naturaleza del hombre crea naturaleza humana a partir de las imágenes que el hombre tiene de sí mismo. Naturaleza potencialmente icónica que se actualiza en imagen para sí y para los otros.

Todas las características del hombre como animal humano construyen el



homo icónicos: cuando el hombre se construye como imagen, realiza un movimiento, un gran desplazamiento, al menos simbólico, de sí mismo a su representación, pero cuando se representa o representa el mundo, crea imágenes, en definitiva, habla, se expresa, se relaciona con los otros, se sustituye por su imagen. No es necesario que esté presente para recordar su presencia, comunicar su bienestar o malestar, su tristeza o su alegría. La imagen está por él.

Este animal que habla inmediatamente necesita su continuidad en el animal que crea signos y símbolos para expresar lo que no es y/o lo que debería o desearía ser, o sea, representa intencionalmente una imagen sin referente material, inventa en su interior. Pero esta potencialidad sólo se actualiza, se convierte en acto, cuando pone en ejercicio su capacidad de elección, que no es solamente la posibilidad de elegir una entre otras muchas opciones, sino también ninguna de ellas, o sea, no elegir y/o decir no.

El valor de esta característica diferencial humana no reside fundamentalmente en su carácter moral, asceta de la vida, lo definió Scheler, sino en la capacidad de considerar formas alternativas de elección, dicho de otro modo, la de generar la imagen de la no imagen, la imagen exenta de propiedad alguna, como no sea la no existencia, incluso, el no ser. El conjunto vacío de la existencia.

Si el hombre es capaz de ensimismarse y desdoblarse, recrearse, al menos desde

una mirada interior consciente o inconsciente, también es capaz de recrear el mundo. La creación humana pone en juego su enorme capacidad reproductora, imitativa, ve lo real, lo iconiza mentalmente y lo activa a través de los materiales expresivos, sea el bronce para la campana, la voz para la palabra, la palabra para el poema. Crea productos, instrumentos, discursos.

Estos productos, instrumentos o discursos son imagen de lo real, remiten en algún aspecto a la realidad existente, o son construcciones, en gran medida, imaginarias. La imagen se ha fabricado, sin duda, con materiales reales, pero sus formas actualizadas no existen previamente, aunque, sin duda, sí potencialmente.

La imaginación del hombre vive de los modelos abstraídos de la realidad para entregarlos a la conciencia humana y a la misma realidad a través de la creación. De esta forma tan clara lo define Mircea Eliade (1999, 20) La imaginación imita modelos ejemplares -las Imágenes-, los reproduce, los reactualiza, los repite indefinidamente. Tener la imaginación es ver el mundo en su totalidad; porque la misión y el poder de las Imágenes es hacer ver todo cuanto permanece refractario al concepto.

El homo sapiens sapiens ha producido en sí una profunda transformación al construir las imágenes; ha ajustado su pensamiento a la estructura de la imagen: el homo creator de imágenes y el

homo icónicus, semejante a la imagen. La historia del universo icónico es fascinante. En el primer acto de la historia se recoge el esfuerzo del hombre para representar lo real como una forma de aprehenderlo; en el segundo, la acción humana se orienta a equiparar lo real y su representación, la imagen; en el penúltimo acto, la imagen se vuelve realidad, ciertamente virtual. Falta el último acto para que esta realidad se actualice. El homo iconicus ya ha elegido su nuevo espacio icónico. Si la imagen es discurso, ni siquiera es necesario cambiar el evangelio de Juan: Al principio era el verbo, el verbo estaba junto a Dios y el verbo era Dios. Antes que el mundo fuera nada, ya era imagen en la mente de Dios. Sólo cuando la imagen entra en la historia se crea el mundo.

Pero para poder aproximarnos a cómo el hombre se hace imagen, nos convendría recordar que, si entendemos imagen como signo y a éste lo contemplamos, como no podría ser menos, dentro de un sistema de comunicación (tanto intercomunicación como intracomunicación), habremos de contemplar las tríadas de Peirce, con tanto acierto comentadas por Umberto Eco (AA VV, 1972, 24), como descriptores de la imagen, a saber: el signo en sí, el signo en relación al objeto y el signo en relación al interpretante. Por ahora sólo nos interesa contemplar a la imagen en su relación con el objeto: icono, índice y símbolo son sus elementos. El icono da razón de la analogía

entre la imagen y el referente, siendo un elemento fundamental de la imagen el icono, por sí mismo, no da razón suficiente de la imagen, como nos recuerda Cristian Metz (AA.VV. 1973, 9) en su célebre artículo "Más allá de la analogía, la imagen", pues además de los códigos que hacen la analogía están los que se le agregan. La definición de Umberto Eco precisa claramente el concepto de signo icónico, que construye un modelo de relaciones perceptivas (entre fenómenos gráficos) homólogo al modelo de relaciones perceptivas que construimos al conocer y recordar el objeto. Por tanto las relaciones de semejanza no son tanto con el objeto como con la percepción del objeto.

Esta distancia icónica entre la realidad y el signo es la puerta por la que entra el índice para afianzar la existencia del referente en cuanto que da razón de relación de identidad entre la imagen y el objeto representado. La imagen representa a este objeto y no a otro, le designa, le singulariza y sobre todo atestigua su existencia. En palabras de Peirce, el índice marca un principio cuádruple: conexión física, singularidad, designación y atestigüamiento. Y por último el símbolo, porque es capaz de añadir a la imagen los códigos expresivos y las convenciones sociales.

El símbolo cumple así una doble función poética: por el uso de los códigos expresivos es capaz de generar nuevos significados y por supuesto indagar en nuevas



formas de representación, pero también de asir pragmáticamente los contenidos y significados de la imagen a las convenciones sociales.

El homo iconicus por su capacidad reflexiva a la que ya aludimos anteriormente, tiene noticia de sí, sabe que esa imagen se le parece, la imagen interior y la del espejo, pero es el índice el elemento que le permite singularizar esa imagen de las demás y entablar una relación no sólo de semejanza con el objeto de su representación, de sí mismo consigo mismo, sino de singularidad, de identidad entre la imagen y el yo; el homo iconicus, entonces no puede dejar de obtener una emoción, de autopercepción y de diferenciación de las demás imágenes del mundo. El yo comprendido, la autoproyección interior advierte como valor la imagen de sí mismo, y su percepción de diferenciabilidad de su talidad en relación con la respectividad de los otros. Define formas, convenciones y leyes en que se basan las estructuras de la imagen, y en la que la suya encuentra las diferencias.

La manifestación de esas diferencias de respectividad referidas al entorno y a los otros, ahora imágenes de su mente, para poder ser entendidas, son formas expresivas. Su imagen es entonces entendida como mejorable, por la fuerza del dar de sí mismo y de la mejor forma.

La imagen es la causa final que impulsa al hombre al progreso: el proyecto de hacerse a sí mismo, es el resultado de la

imagen deseada, de la mejor forma. El progreso es la realización del proyecto, pero el proyecto sólo conoce el final, osea, la consecución de la mejor forma. El proyecto entonces se convierte en proceso. El proceso es la concatenación de las imágenes secuencialmente producidas.

En otro sentido más, el hombre es un animal iconicum, homo icónicus para hablar con más propiedad. El hombre en cuanto que tiene un carácter social comparte imágenes. No sólo las imágenes artísticas y técnicas, a partir de las cuales expresa un modo de habilidad e imagen de sí mismo y el mundo, sino imágenes del mundo en el transcurrir del tiempo. Si existe una solidaridad total del género humano, no puede sentirse y actualizarse, sino en el nivel de las imágenes (no decimos del subconsciente, porque nada prueba que no exista también un transconsciente) (Mircea Eliade, 1999, 17). Lo que el hombre se transmite como especie es un universo conceptual e imaginístico. Las mismas imágenes materiales están cargadas de significación que guardan un valor de verdad compartida.

El homo iconicus ha concedido valor de realidad a la imagen y el símbolo y no sólo a los objetos, sino a los gestos y las acciones. Los ritos son una forma manifiesta de esta particular actividad del homo iconicus, cuando el sacerdote bautiza al niño o al catecúmeno, el agua, convertida ya en signo, no sólo significa



limpieza, sino que limpia. La definición de sacramento lo aclara definitivamente: significa y da la gracia. En cuanto que el homo iconicus pervive en el tiempo, es histórico, y transmite sus ritos con las sucesivas modificaciones que el hombre lleva a cabo para adaptarlos a su lenta pero segura evolución. Así pues la imagen del mundo y el hombre se transmite conservando caracteres permanentes e introduciendo elementos innovadores.

El homo iconicus está tentado, o incluso ha caído ya en la tentación, de construir imágenes más reales que la realidad, es el movimiento denominado hiperrealismo, pero esta tentativa no es sino otra forma de profundizar en lo real por la actuación de la imagen, el neorealismo, el surrealismo e, incluso, el expresionismo no son otra cosa que nadar en el profundo pozo de lo real. Ya que no podemos apresar lo real, cautivemos su sentido, capturando su ser por la representación de la imagen. Sólo que ya el hombre, al ser un homo iconicus tiende a la reducción del mundo por la imagen o la expansión y explosión del sentido de las cosas en la imagen. La imagen contemplada en sí misma como realidad independiente está dotada de su propia suidada, la imagen habla de sí misma, de su presencia, de su ser, pero al mismo tiempo está dotada de lo que llama Laín Entralgo respectividad en cuanto que las imágenes forman en sí mismas y en relación con su universo icónico un conjunto de relaciones no meramente talitativas

en cuanto que unidades que relacionan sus factores de representación individualizadamente, sino que por la propiedad de dar de sí de cada una de ellas forma un cosmos de tipo icónico en que las imágenes son y significan por sí talitativamente, y son y significan en relación con las otras por respectividad. Dada la estructura de la imagen, cada imagen a su vez es un conjunto de imágenes en orden a su talidad que se integran en otra por medio de la respectividad de un modo operativo y real. Una y divisible, múltiple y una.

La imagen tiene existencia por sí misma, por su talidad, en cuanto imagen, independientemente de su relación con lo real o su encuadre en lo real. Todo el trabajo de Essher deja claro que la imagen no sólo puede crear mundos fuera de lo real posible, sino también imágenes de universos imposibles. La frivolización del concepto ha dado lugar a los llamados objetos imposibles que bien pudieran poblar un mundo imposible con referencia a lo real, pero posible en el mundo del discurso de la imagen.

La imagen se había ocupado de oponer unas representaciones a otras, de ofrecer imágenes antitéticas para el pensamiento. Pero su potencialidad, su dar de sí no sólo permite acceder a lo inaccesible visualmente y a generar ficción, sino a dar de sí en cuanto posibilidad de desdoblamiento, desarrollo, generación o expansión de sus estructuras en cuanto estructuras de imagen, que si bien un

tiempo surgieron de la imitación de la realidad para hacerla inteligible, hoy el hombre desarrolla la estructura de la imagen, y de la imagen crea imagen.

Es la capacidad reflexiva de la imagen. Su autogeneración y no sólo por repetición, multiplicación, adición, sustitución, amplificación o división, sino por su autoimitación reproductiva o inventiva, pues la imagen es capaz no sólo de autoimitarse, sino de autoinspirarse, donde el principio de construcción formal se diluye y la forma toda se convierte en potencialmente creativa e irreconocible en cuanto a su actualización aunque reconocible en su virtualidad y principio de la forma.

Uno de los últimos escenarios del homo iconicus se sitúa en el ámbito de las nuevas tecnologías. Este escenario terminará por adjetivar al homo iconicus con una nueva especificidad: informaticus. El último acto empero que contemplo es un homo icónicus digitalis, pleno de identidad, inteligencia y voluntad. Hay que entender la digitalidad de este último homo iconicus como una propiedad más de la talidad icónica del hombre. Dicho de otro modo la digitalidad o la virtualidad, una exquisita variedad cualitativa, del homo iconicus no son elementos materiales o formales externos a la constitución del homo icónicus, sino propiedades específicas de su capacidad operativa para transformar el mundo y actuar sobre el universo y sobre sí mismo. Esta capacidad operativa permite al hombre

aumentar las propiedades intelectivas de su cerebro, pero manteniendo su identidad personal con sus atributos personales, o sea la digitalidad y la virtualidad, al no ser elementos ajenos al sujeto homo iconicus, sino que forma parte de su desarrollo evolutivo, es naturaleza creata. Esta visión contempla una continuidad entre el hombre y la técnica que se resuelve con la integración ecoicónica entre la corporeidad y la formalidad tecnológica.

BIBLIOGRAFÍA

- ELIADE, M. (1999). *Imágenes y símbolos*. Taurus. Madrid. Título original: *Images et symboles*. 1955. Éditions Gallimard. Paris.
- LAIN ENTRALGO, P. (1999) *¿Qué es el hombre? Nobel*. Madrid.

